

VIDA Y OBRA DE D. VICENTE DE LA FUENTE

D. Vicente de la Fuente nació en Calatayud el 29 de enero de 1817, en el seno de una familia burguesa muy tradicional y de fuerte raíz católica. Los antepasados de su padre, José de la Fuente, eran originarios de Cuenca, donde habían ejercido el cargo de escribanos públicos, pero a mediados del siglo XVIII se trasladaron a Calatayud y allí centraron sus actividades en el comercio.

Vicente fue el segundo de siete hermanos y desde su niñez demostró sus cualidades para el estudio. Su formación se inició en las Escuelas Pías de Daroca; luego pasó a las de Zaragoza y al Seminario de Tudela, donde recibió la primera tonsura (1829). En 1831 consiguió el grado de bachiller en Filosofía por la Universidad de Zaragoza y obtuvo una beca del Colegio de Málaga de la Universidad Complutense para cursar estudios de Teología en Alcalá de Henares, terminándolos en 1836.

En 1837 Vicente de la Fuente tenía ya una sólida formación, muy tradicional, pero a la vez no doctrinaria. Desde estos momentos nuestro protagonista buscó su lugar en la vida universitaria: hizo sustituciones a profesores, publicó sus primeros artículos en la prensa de la época y continuó sus estudios, doctorándose en Teología (1841) y licenciándose en Jurisprudencia (1844), con lo que entró en el Colegio de Abogados de Madrid.

La segunda mitad de los años 40 fue muy importante para Vicente de la Fuente: afianzó su posición profesional al ser nombrado profesor de la Academia Matritense de Legislación (1845); ahondó su amistad con Jaime Balmes, el Marqués de Viluma y José María Quadrado, lo que le llevó a intervenir en política (la única vez en su vida), defendiendo en la prensa el matrimonio de la Reina Isabel II con el pretendiente carlista, Conde de Montemolín.

Pero sin duda el hito principal de estos años fue la decisión de dedicar su vida a la propagación de la obra de las *Conferencias de San Vicente de Paúl* en España. Esta institución, creada en Francia en 1833, tenía como objetivo socorrer a los más necesitados, tanto en

lo material como en lo espiritual, y fueron De la Fuente y Masarnau sus grandes impulsores en nuestro país.

En su vida académica, De la Fuente fue el encargado de trasladar la gran biblioteca de la Universidad Complutense a Madrid, trabajo que realizó en un tiempo récord, consiguiendo que se abriera al público el 10 de enero de 1849. En el escalafón alcanzó los grados de regente, tanto en Teología como en Jurisprudencia, y por fin de sustituto de cátedra; pero varias «cacicadas» académicas le impidieron obtener un puesto fijo y estuvo a punto de abandonar Madrid y aceptar un puesto eclesiástico en Calatayud, aunque su vocación docente fue más fuerte y permaneció en la Corte, presentándose a distintas oposiciones a cátedra.

Por fin, en 1852 es nombrado Catedrático de cuarto de Jurisprudencia en la Universidad de Salamanca. Allí se trasladó y realizó una gran labor. Catalogó la biblioteca universitaria, realizó varias expediciones por la provincia en busca de documentos visigodos y medievales y ayudó a la conservación del gran patrimonio artístico de la ciudad.

Volvió a Madrid en 1858, y en la Facultad de Derecho impartió la asignatura de Historia y Disciplina Eclesiástica hasta su muerte. En 1861 ingresó como numerario en la Real Academia de la Historia y se casó con una navarra, doña Eusebia Marugán. Su actividad fue frenética durante los años 60, pues escribió y viajó mucho, asistiendo al Congreso Católico de Malinas y trabajando en el Arqueológico de Amberes. En España fue el encargado de redactar el estatuto nacional de Bibliotecas, Archivos y Museos.

Elegido en 1874 miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, fue nombrado Rector de la Universidad de Madrid tras la Restauración, cargo entonces muy conflictivo por el problema de la separación de varios profesores a causa de sus ideas políticas (Salmerón, Azcárate, Castelar, etc.). A pesar de todo, desempeñó el puesto con gran dignidad, renunciando al mismo al no conseguir que se levantaran las sanciones contra los mencionados profesores (1877). Los años 80 fueron para él también de intenso trabajo intelectual, sólo frenado por su elección como Decano de la Facultad de Derecho de Madrid (1884), cargo que abandonó pronto por motivos de salud.

D. Vicente murió en Madrid el día de Navidad de 1889 rodeado del afecto de cuantos le conocían. Fue enterrado en la sacramental de San Justo, y sus restos fueron trasladados solemnemente en 1922 a Calatayud, donde se le considera como uno de los hijos más ilustres de la ciudad.

D. Vicente de la Fuente fue un autor muy prolífico, pues su obra comprende más de 200 publicaciones de todo tipo: artículos periodísticos, opúsculos, discursos, libros de texto, etc., que tocan los más diversos temas, desde un libro escrito totalmente en latín sobre el Concilio de Trento hasta el libreto de una zarzuela, o pequeñas obras cómicas.

Como investigador, su producción puede dividirse en dos grandes apartados, los de editor y autor.

Como editor realizó una importantísima labor de recogida de textos y depuración de antiguos escritos. En este campo destacan sus ediciones de las obras de Santa Teresa de Jesús y de algunas antiguas sobre la vida de la santa de Ávila; tampoco pueden olvidarse las ediciones que hizo de las obras de los Padres Feijoo, Rivadeneira y Gracián. Tal era su competencia en este campo, que la Real Academia de la Historia le encargó hacer una revisión de la obra *Quinquagenas de la Nobleza de España*, de Gonzalo Fernández de Oviedo, y el Gobierno le comisionó (junto con don Pacual de Gayangos) para que publicara las cartas que el Cardenal Cisneros había emitido durante su Regencia.

Como autor, sus principales asuntos de investigación fueron la historia de la Iglesia (y todo lo relacionado con ella), los problemas de Derecho y la historia de Aragón, en especial la de Calatayud, su patria chica.

La obra de De la Fuente está marcada por su gran amor a Dios, a su tierra y a su familia. Pero no debemos engañarnos, pues la profunda fe que tenía en los misterios del cristianismo no nublaban su juicio científico; es más, rechazaba con ardor todas las supersticiones que rodeaban al culto católico de entonces, que para él desnaturalizaban la fe. Igualmente, arremetía con dureza y valentía contra los forjadores de patrañas, tanto en el campo religioso como en el histórico, quienes creían prestar un gran servicio a la Iglesia y a la Patria a fuerza de embustes y falsedades. Don Vicente les comparaba a menudo con los falsificadores, ya que no tenían en cuenta que, por malo que fuera carecer de dinero, todavía era peor emplear moneda falsa. Nuestro autor llevó la actitud honrada a sus últimas consecuencias, lo que le trajo muchas dificultades incluso entre sus propios compañeros.

Repasando brevemente sus principales obras, encontramos que, en el campo de la Historia eclesiástica su producción fue ingente, tanto en temas históricos como en asuntos de gran vigencia durante su época. Entre aquéllos podemos destacar los tomos XLIX y L de la *España Sagrada*; la defensa de Juana de Loca (acusada de herejía por algunos historiadores belgas); sus disquisiciones sobre el Concilio de Trento o sobre el problema de la retención de bulas en España; y su gran obra sobre el culto mariano en nuestro país. Dentro del segundo apartado

escribió sobre el problema de los Concordatos, la pluralidad de cultos, el divorcio, el juramento de la Constitución de 1869, la separación de la Iglesia y el Estado, la política de León XIII, y una gran obra sobre la masonería y las sociedades secretas, tan bien recibida que fue reeditada durante la II República.

Pero hay que destacar sobre todo como sus obras cumbres la *Historia Eclesiástica de España* y la *Historia de las Universidades*. La primera¹, varias veces corregida y aumentada, pronto se convirtió en un apreciadísimo libro de texto y de consulta, debido a la gran cantidad de datos que aportaba y a su imparcialidad. En su presentación, De la Fuente dejó claro que no iba a ser un mero apologista de la Iglesia, y lo expresó así:

«Hay algunos que al escribir una historia quisieran que en ella solamente se pusiera lo bueno y se omitiera lo desfavorable. ¡Soberbia infernal, que se suele encubrir con el pretexto de adhesión a la Iglesia o a la Patria! Al P. Mariana, por haber narrado cosas que se creían desfavorables a España, le quisieron suponer sus contemporáneos oriundo de Francia. Hay quienes creen poder pintar un cuadro sin sombras, y que afirman que es peligroso hablar de ciertos extravíos de la Iglesia, algo totalmente absurdo. Hay que clamar contra todos estos falsarios que han enturbiado las claras fuentes de nuestra historia eclesiástica. La Historia describe lo bueno y lo malo; aquello para elogiarlo, esto para enseñar a evitarlo.»

Palabras ciertamente contundentes.

En cuanto a la obra sobre las Universidades², sigue siendo hoy en día un libro fundamental, realizado a base de un gran trabajo de archivo, que sacó a la luz numerosos documentos inéditos y valió a su autor el reconocimiento de todos sus compañeros académicos.

Otros temas predilectos de D. Vicente fueron el Derecho y la Historia de Aragón. Como profesional del Derecho escribió varias obras importantes, pero a nosotros nos interesan más las relacionadas con la Historia, que se centraron en problemas legales muy complejos de la Historia aragonesa. Entre ellas podemos destacar su *Historia de tres comunidades de Aragón: Calatayud, Daroca y Teruel*; la *Constitución política de Aragón en el año 1300*, y sobre todo los *Estudios Críticos sobre la Historia y el Derecho en Aragón*. Este último libro abarca desde la época de Sancho el Mayor hasta la de Fernando el Católico, con un apéndice sobre los Justicias. Es obra importante y en ella se reitera la idea de que el amor a la patria no debe ser un velo que cubra la verdad. De la Fuente dice en su prólogo:

¹ Barcelona, 1855-1859, 4 vols.

² Madrid, 1884-1885, 4 vols.

«Triste es tener que demoler grandes trozos o partes de un vetusto y glorioso edificio; pero peor es que, por ruinoso, nadie quiera entrar en él, y venga lo mal fundado a comprometer lo sólido y bien construido. Y por cierto que tal pueda suceder con la Historia de Aragón y con su Derecho Foral. Unos se burlan de todo lo antiguo, lo desprecian, ni lo estudian ni lo entienden. Los otros se aferran a todo lo antiguo, bueno o malo, a título de tradicionalismo; bastándoles que una cosa fuera dicha por un escrito antiguo, o impresa en libro viejo, para tenerla por inconcusa y autorizada, a tenor del *Magister dixit* de ciertos filósofos.»

Como puede verse, el amor del autor a la verdad era mayor aún que su afecto a la propia tierra y esta honestidad puede también apreciarse en su *Historia de Calatayud*, un encargo de su ciudad natal. La obra constituyó un trabajo de investigación inmenso, con aportación de abundantísimos datos y novedades, por lo que se convirtió en una fuente inapreciable para todo el que en adelante trata de hacer historia de la zona. Desgraciadamente, a la paciente investigación no fue unida una reposada exposición, por lo que el libro resulta poco didáctico y llega incluso a algunas conclusiones que hoy sabemos totalmente erróneas. En cualquier caso, fue obra ingente y como tal merece respeto, sirviendo de magnífica base para buscar nuevas soluciones a los problemas de la Historia bilbiliana.

* * *

Tras este somero repaso a la vida y las obras de D. Vicente de la Fuente no podemos sino reiterar nuestra admiración ante su capacidad de trabajo y su honradez profesional en un tiempo de extremismos ideológicos. Él supo separar sus creencias personales de su trabajo profesional, no dejándose cegar por un falso patriotismo o una religiosidad mal entendida. Su obra merece ser rescatada y dada de nuevo a conocer, no tanto por sus conclusiones sino por la abundancia de información que nos ofrece útiles para poder hacer nuevas interpretaciones históricas, acordes con las actuales tendencias de la investigación. Y también como ejemplo de un modo de trabajar bastante olvidado.

La producción sobre la figura de Vicente de la Fuente podemos decir que es realmente escasa. Consignamos seguidamente los trabajos que hemos podido encontrar al respecto.

BIBLIOGRAFÍA

- DURÁN PASTOR, Miguel: *Cartas de Vicente de la Fuente a José María Quadrado*. Palma de Mallorca, 1981.
- IBARRA Y RODRÍGUEZ, Eduardo: «Homenaje a la buena memoria de D. Vicente de la Fuente y Bueno (Q.S.G.H.), Académico de Número», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo LXXXI, Cuaderno VI, diciembre 1922, pp. 495-503.
- LÓPEZ LANDA, José María: *Discurso de ingreso en la Academia Aragonesa de Nobles y Bellas Letras de San Luis*. Zaragoza, 1935.
- NAVARRO RUBIO, Mariano: *Aragoneses en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*. Zaragoza, 1989.
- PIDAL Y MON, Alejandro: «Necrológica del Ilmo. Sr. D. Vicente de la Fuente, leída el 10 de junio de 1890», en *Necrológicas de los Sres. Académicos de Número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, tomo I. Madrid, 1898.
- SÁNCHEZ PALACIOS, Mariano: *El Siglo XIX: Del Absolutismo al Liberalismo. Don Vicente de la Fuente y su entorno histórico y cultural*. Madrid, 1982.
- TORRES AGUILAR-AMAT, Salvador: *Discurso de inauguración del Curso 1891-1892 en la Universidad Central de Madrid*. Madrid, 1891.